

cantor (*masargui-namaqued*) relata el tránsito de la vida a la muerte y describe los parajes que el alma recorre en el momento hasta ascender al otro mundo...

Así, a grandes rasgos. Esto es San Blas, el *Archipiélago de las Mulas*, dividido en agrupaciones (Mandinga, Cartí, Narganá y Sasardí), situado a unas sesenta millas de Colón, prolongándose hasta la frontera con Colombia.

San Blas. 2.303 viviendas, libremente nacidas entre corales y arena, nido de palmeras, eco de caracola salpicada de estrellas, mar tibio y desnudo de olas, risueño campo azul por donde picotea el sol-tropical inclemente, pertinaz y agotador.

San Blas, melancólico, de cielo plomizo y agua inmisericorde. Días al margen de todo sol, con mar levemente rizado en el Golfo y coloso fuera. De truenos prolongados, ensordecedores; tempestades lentas, hurañas.

San Blas. Alboradas con sonido quejumbroso de *morbetutu* prolongado, chapoteo de canales y viento con olor a faena tempranera.

San Blas. Crepúsculos lentos, rojos, rojos violentos, rosáceos y púrpuras. Nuevos sonidos del *morbetutu* anunciador de asambleas o regreso del trabajo; islas con larga luz, sin corteza para el viento y los espíritus. Atardecer misterioso de espíritus malos que vagan por los bosques de tierra firme y acechan en la ría; de ruidos extraños que recogen al indio: *Nia be suóe* (el diablo te cogerá). Noches de estrellas, sal y quietud dominadas por largos collares de cangrejos, ahuyentadores de demonios...

Noches de San Blas. Hondón de la bruja *Pila* y reino de la ardiente *pila bibi*, presagio de maldad. Noches de tristísimo silencio, de ráfagas que golpean, de mágica vista lunar; y amalgama de palmeras, chozas, luz, calor, mar, espíritu, roca, sueño, bruja, viento, indio, arena, coco, sombra, ola, copra, pescado, hamaca, canoa, humedad...

*Tiatupu (Cayos Holandeses)*, Abril de 1963.

## ANGUS WILSON O EL NATURALISMO VICTORIANO

Terenciana en Chaucer, lapidaria en Shakespeare, paradójica en Wilde y moralista en Shaw, la sátira inglesa es más histriónica que retórica, aún en las peripecias mágicas de Alicia y de Gulliver. La pseudo-sátira o farsa social se aferra, en cambio, a la novelística. Austen, Thackeray, finalmente Waugh, la incorporan al género literario. Si género ha de ser esta transigencia irónica en salón, parque o provincia. Un tradicionalismo intrascendente la esquematiza, y un apego a lo cotidiano la proyecta más allá de su supuesta ingenuidad. Aunque en ciertos casos tal ingenuidad injertada al ensayo sería casi tan refrescante, como el escudete de prosa sobria aplicada al burbujeante humorismo de la novela. Esta idea peregrina me la inspira Angus Wilson.

Hace diez años, con ejemplar quijotismo y no menos ejemplar consagración, arremitió contra la indiferencia que actualmente circunda a Emilio Zola en un denso análisis de su obra (1). Un sincretismo metódico pareció infundirle la obligación de sintetizarla y estructurarla en atisbos sicoanalíticos, resultando una emulsión antológico-bibliográfica poco objetiva. O mejor, objetiva hasta cierto punto. Pues si es perogrullada del Sr. Wilson el complejo edipiano de Zola y el conflicto interno de su personalidad creadora, las conclusiones sobre su vida erótica resultan brumosas. Y es que las concretas en símbolos. La infancia es pureza. El sexo depravación. La

(1) EMILE ZOLA — By Angus Wilson — William Morrow & Company — New York — 1954.

relación ideal quimera andrógina. Un idilio promiscuo y un matrimonio estéril inspiran la saga de los Rougon-Macquart. De la frustración afectiva nace el naturalismo. Y Zola el caviloso, el menospreciado, el humilde, está sin estar en el doloroso alumbramiento. No será este enfoque un tanto sentimental? Había o no megalomanía en el periodista inédito que anunció a los Goncourt una obra análoga a la *Comedia Humana*? Había o no afán de fama rápida en la entrega semanal de improvisaciones folletinescas? Tan benévola actitud por parte de Wilson desprecia la labor crítica de quien se enfrentó al estetismo clásico en el *Salón* de 1866, defendiendo a los impresionistas, y escandalizó a la azucarada burguesía del Segundo Imperio en abierto desafío a las falsas convenciones y aún más falsos pudores. el *Yo Acuso* ante Dreyfus fue mero epílogo sensancionalista del voluminoso memorial contra un sistema arbitrario de actuar, pensar, gobernar y juzgar. Esta cruzada, no la literaria, es el mérito de Zola, y este vanguardismo, no el estilístico, su trofeo. Hablar de una documentación artísticamente ordenada es cándido. Atribuir a la unidad de lugar méritos aglutinantes, tonto. Ignorar la cursilería lirico-romántica, triste. Pero lo más triste, tan triste como una risa de payaso, es el panegírico remisivo. Mencionar a Dickens, a Balzac, a Proust!

Recapitemos la tal novela naturalista, que con tanta inocencia admira Wilson. En un escenario agreste, urbano, suburbano, proletario, callejero o palaciego, se debaten arquetipos agrestes, urbanos, suburbanos, proletarios, callejeros o palaciegos entre “pasiones” agrestes, urbanas, suburbanas, proletarias, callejeras o palaciegas. La urgencia de llevarles a través de trescientas páginas “d’un seul soufflé” como decía, mantiene a Zola en una tensión que se les contagia, siendo imposible sostener el suspenso sin apelar a trucos obvios. Así se suceden los suicidios a las quiebras, a las tarquinadas, a los crímenes. No hay respeto para el lector en esta minucia de patetismo, en esta, al decir de Lemaitre; “epopeya pesimista de la naturaleza humana”. El detalle es tan agresivo como el de las producciones cinematográficas de Cecil B. de Mille. Como en ellas, se olvida que el hombre además de actuar piensa, y además de vivir se hace a sí mismo. No solo en diálogos de salón, o de taberna, o de atrio, sino en angustia de gestar su libertad. Qué poca libertad poseen estas marionetas fabricadas de ambiente y circunstancia. Siempre les sucede lo que les ha de suceder. Aún en el caso de que se disfracen de ocasional autenticidad. Como Gervaise, por ejemplo. Su miseria es un edificio hermético, sin puertas ni celosías, cuya torre espiriforme apunta al infinito de la desintegración. Y la pobre mujer tre-

pa por la empinada escalera de caracol, primero grabosa, luego ceñuda, luego asesante, luego temblorosa, hasta llegar arriba a lanzarse, ciega, en el vacío... Y este es el menos trágico de los “divertimentos” de Zola. Ni hablar de su “Doctor Jekyll y Mr. Hyde” —“La Bestia Humana”—, de su himno a la sensiblería —“El pecado del Abbé Mouret”—, de su estadística comercial —“Felicidad para Damas”— y otras decenas de plagios, himnos y estadísticas. No sufrió el Sr. Wilson una alucinación al sugerir semejanzas con los Goriots, los Rastignacs y los Lamberts? Quien, después de haberlos conocido los olvida acaso? Y quien olvida el mensaje de esperanza que destilan las páginas tiznadas de las *Twist* y los *Copperfield*? O el aroma del solar en que el pequeño Marcel soñaba su infancia? En cambio qué fácil —tan fácil como volver la página amarilla de un tabloide— es dejar empolvar en la memoria el intricado ovillo naturalista. Si, como pretende Ortega, la “fisis” o naturaleza aristotélica es el principio invariable de las variaciones, este naturalismo de los Rougon-Macquart es el principio invariable de la monotonía, de una monotonía que ha hecho típicamente victoriana Angus Wilson, no solo en el ensayo sino en la novela (2).

En la respetable provincia de Carshall, Inglaterra, Sylvia Calvert recibe la *Llamada Tardía* de su madurez emocional. Wilson ya había tratado, con mayor agudeza, la etapa menopáusica femenina *Los Cuarenta Años de la Señora Eliot*. Pero Sylvia Calvert tiene más de sesenta, y su pasado de hotelera rural todo menos la dispone a la placidez del retiro espiritual en la alquería de su hijo Harold. Las ideas de sus nietos, su inestabilidad característica, la dejan perpleja:

“Buses para donde y para qué?”. La frente de Mark, bajo el capul de “beatle” aparecía encarnada de eczema y sus mejillas salpicadas de acné reseca. Tenía el ceño fruncido y tartamudeaba ligeramente. Sylvia no sabía qué pensar de él. Estaba segura de que atravesaba un momento difícil. La juventud de hoy era tan susceptible! Por ejemplo Tom Colman. La otra noche, cuando la Señora Harker había dicho: “no sé, realmente no sé”, tal como esperaba la concurrencia que lo dijese, en vez de reirse de la graciosa anciana, Tom Colman le había gritado: “Ese es su problema, y nunca lo sabrá”. La pobre vieja se había sentido muy herida hasta que la Señorita Dinneford —un nuevo personaje, una especie de asistente social— le había explicado que todo se debía al crecimiento más acelerado

(2) Me refiero a su última novela, LLAMADA TARDIA — LATE CALL — Secker & Wardburge — London — 1964.

de la juventud actual en “ese aspecto” y los accidentes de trenes vespertinos y otras cosas. Aunque el joven Tom, en otra ocasión, se había encargado de recoger dinero para remplazar la trampeta del anciano Jorge Lampson, que había robado, aunque parecía odiar las trompetas y él mismo tocaba guitarra. Definitivamente era un caso de “realmente no sé...”.

Y es que Sylvia no sabe, nunca sabe ni el “como” ni el “por qué”. No es que se deslice por la vida como Karen Stone, la cincuentona en quien Tennessee Williams reprueba el narcisismo, sino que anda a saltitos por ella como un gorrión a quien ha sorprendido la lluvia, y una vez terminada ésta, por tenerlas mojadas, le es imposible desplegar las alas. El compañerismo jocoso del marido se ha desgastado en una mediocre retrospectiva, la muerte de éste, al final de la novela, es un susto más para el apavorizado gorrión. El susto que ha venido evitando toda su existencia de pajarillo; el encuentro con sí misma. Este “broche de oro” es un raro acierto de Wilson:

“Zafándose los zapatos, soltándose el cinturón, Sylvia se desplomó en su cama. Se le hinchó la garganta, como si fuese a vomitar, luego los sollozos la embargaron y su cuerpo fofo fue sacudido repetidamente. Trató deliberadamente de recordar, de aferrarse a los momentos felices y secretos que había compartido con su marido; pero una desesperada congoja se apoderó de ella, la congoja de años tras años para nada, o peor que para nada, pues la ternura se había resecado y había derivado hacia la indiferencia. Durante más de una hora permaneció tendida allí, con el rostro contra la almohada, disimulando ese llanto frenético que nadie debería oír, ola tras ola derrumbándola una y otra vez, castigándola por su timidez, su mojigatería, su indolencia, su egoísta amargura y demás fracasos que le era imposible definir”.

Es probable que el gran mercado de ficción en la clase media británica, acoja y aprecie —como hasta ahora lo ha hecho— la obra de Angus Wilson. Se adapta bien a la tradición del “gentle folk” que vive para la merienda, el bridge y el comité parroquial. Quien se halla, por cualquier motivo, fuera del amable círculo, experimenta el malestar que diagnostica Michel Butor a lectores amantes de lo nuevo ante lo caduco, o ni siquiera caduco sino trasunto, y en este caso, femenino. Pues, en *Llamada Tardía*, como en *La Feria de las Vanidades*, las mujeres son asexuadas; como en *Orgullo y Prejuicio*, son cotorras. Solo que aquí la anécdota es pobremente manejada, sale a jalones, desterrada de la intriga central. El evolucionismo darwinista se hace tedioso, estereotipado. Qué lejos, por ejemplo, de

la expresión bergsoniana de Mary Evans, modelo femenino que Wilson sí pasó por alto y que le hubiese sido de utilidad como concepto de duración, dentro de esta trayectoria doméstica suya en que desgrana diálogos sin coherencia o incidentes inconsecuentes. Incidentes inconsecuentes que sin embargo tienen que ocurrir. Y he aquí la semejanza de Wilson con Zola.

En *Llamada Tardía* no hay colores básicos, sino pasteles. El odio es antipatía, el amor cariño, la ambición inquietud y la ansiedad desazón. Pero, tanto Sylvia Calvert como su parentela se hallan abocados al destino coteórico de una realidad prefabricada que les merma toda potencialidad existencial. El Segundo Imperio se ha incrustado en la rígida jerarquía de la reina “hada” y Angus Wilson ha ido a buscar su medianía allí, en la encrucijada simultánea, con una inocencia laudable en esta era de cubismo, móviles, astronautas y jóvenes coléricos. Pero su mérito es exiguo, pues se halla ajeno a todo esto. Tan ajeno como Sylvia Calvert. Así, ha vivido la misma vida de gorrión sobresaltando, mirando a uno y otro lado en busca del nido, para hallarlo al fin, tibio y confortable, en su reverencia por la obra audaz de Emilio Zola y en su intención de cercenarle esta misma audacia creando otra obra, anacrónica y, como todo lo anacrónico, simpática; el naturalismo victoriano.